

LECCION DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

UNA VISION DE
IGNACIO MARCO-GARDOQUI IBÁÑEZ
LA ECONOMIA VASCA

Por

Ignacio Marco-Gardoqui Ibáñez

Lección expuesta en Bilbao,
el 6 de noviembre de 1995,
en la Cámara de Comercio,
Industria y Navegación de Bilbao.

LECCION DE INGRESO
Como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

Por

IGNACIO MARCO-GARDOQUI IBAÑEZ

Les aseguro que hoy en día, dar “una visión” sobre la economía de una región, o de un país, no es una cosa especialmente difícil. Existen un gran número de organismos oficiales y de institutos de análisis que nos proveen periódicamente de una enorme cantidad de datos sobre la evolución de la coyuntura. Conocemos puntualmente cómo evoluciona el PIB, cuánto crecen los precios, si aumenta o disminuye el empleo, la actividad industrial, el comportamiento del consumo, la masa monetaria y un larguísimo etc. de cifras y datos. Tantos, que, a veces, son demasiados datos, puesto que ya saben que en ningún lugar hay más sombras que allí donde hay más luz.

Pero, si dar una visión de la economía en general no es una tarea difícil, hacerlo en el caso del País Vasco presenta un problema particular. Al preparar este trabajo tenía la posibilidad de elegir entre dos alternativas. Una, era hablar de la coyuntura más reciente. Hacer lo que hacen los políticos y comentar los últimos acontecimientos, de la actualidad más rabiosa. Este camino tenía una ventaja evidente. Si escuchan las informaciones oficiales y oyen los discursos de los responsables públicos, ya sabrán que las cosas van bien. Quizás tendríamos que matizar que las cosas van bien cuando las comparamos con nuestro inmediato pasado, Pero es cierto que van bien.

El último estudio realizado por FIES, la Fundación de las Cajas de Ahorro, nos informa que el PIB de la Comunidad Autónoma creció un 2,87% en 1994, es decir medio punto más que la media del Estado, y ello gracias al buen comportamiento de la industria que, con un crecimiento del 5,34%, supera en casi un punto al conjunto español. En 1995 las cosas han ido aún mejor, ya que el Índice de Producción Industrial correspondiente al primer semestre ha crecido un 10,9%, que supera al 7,9% que refleja el conjunto del Estado.

La inflación también va mejor. Hemos terminado el verano con una tasa interanual del 4,3%, cuando empezamos el año en el 5,2%. Las exportaciones crecen al 13,3% y los incrementos obtenidos en la recaudación del IRPF y del impuesto sobre Sociedades demuestran que las empresas y las personas están ganando más dinero, al menos con carácter general.

Esta visión de la coyuntura es cierta, y hay que disfrutarla por si no dura mucho tiempo. Pero también es inmediata y superficial. Nos tranquiliza, pero no nos da una visión correcta de las cosas, ni de dónde estamos, ni hacia dónde nos encaminamos. Sería algo como si a la hora de hablar de un edificio, nos limitásemos a mencionar el estado de conservación de la pintura de la fachada, el brillo del barniz de la escalera, o la limpieza de las ventanas.

Por eso, considero que para hablar en un acto organizado por una institución como es la RSBAP, cuya existencia se mide en siglos y cuyas preocupaciones se refieren a los movimientos sociales profundos, resulta mucho más oportuno discurrir acerca de otras cosas. Siguiendo con el símil del edificio, aquí en la RSBAP, tendríamos que dedicarnos a analizar sobre el estado de los cimientos, de la solidez de las vigas maestras y de la estanqueidad del tejado.

Aplicando esta fórmula de análisis, les aseguro que el panorama cambia sustancialmente y, por desgracia, no lo hace a mejor.

Antes de entrar propiamente en materia quiero hacer un par de advertencias que me parecen importantes. La primera es que van a oír una conferencia que cualquier oyente desapasionado la calificará de pesimista. Me arriesgo a inquietarles y a producirles una cierta desazón. Es una manera de ver las cosas que no suele gustar, no se lleva, y que a

algunos irrita especialmente porque se separa de la visión idílica que están empeñados en transmitir. Pero no hace falta que se asusten demasiado si tienen el estado de ánimo alicaído, ya que la segunda advertencia compensa la primera. La segunda advertencia es que voy a darles motivos para que no me hagan excesivo caso.

A lo largo de mi exposición, les voy a proporcionar muchas cifras y datos, pero reconozco que no soy un experto en estadística. Voy a recordar la historia reciente, pero no soy un historiador autorizado. Y voy a hacer un poco de prospectiva, cuando no tengo ningún título que me avale para ello. Además estoy seguro de que en mí, necesariamente apresurado, repaso voy a cometer numerosas omisiones, e incurrir en algunas parcialidades. Y para que comprueben que estoy infectado de humildad, reconozco de antemano que mi falta de dolo no excusa mi pecado.

Después de esta introducción, tan escasamente comercial, se preguntarán Uds. cómo es que me atrevo a subir al estrado, y me arriesgo a hacerles perder el tiempo durante un rato, que en todo caso les prometo será breve. Pues, en primer lugar, porque hacía mucho tiempo que me lo había pedido, podría decir que casi exigido, Rafael Ossa, y yo no tengo autoridad suficiente para negarle nada. En segundo, porque no aspiro a desarrollar ninguna teoría infalible, ni a crear un cuerpo de doctrina sólido y cerrado. Y, en tercero, porque, siendo como soy un atento observador de la realidad, me conformo con transmitirles una parte de la inquietud que siento, y con servir de base para discusiones más profundas, en las que deberían de participar académicos más sesudos y preparados que yo.

Vayamos con el objeto de la conferencia.

De acuerdo con mi experiencia, cuando en el País Vasco hablamos de nuestra situación económica profunda, casi siempre nos salen conclusiones pesimistas. Y ello, en gran medida, es consecuencia de que siempre comparamos nuestra situación actual con la que teníamos hace una par de décadas, antes de que arribase la famosa crisis del petróleo.

Personalmente, a mí me ocurre eso en grado extremo, pues inicié mi carrera profesional por aquellos años de los primeros setenta, y se han convertido de forma natural e involuntario, en la referencia y en el punto de comparación obligados para cualquier otra situación posterior.

Por eso me parece un ejercicio de gimnasia, sana y útil, el dedicar unos momentos a repasar lo que ha ocurrido a lo largo de estos últimos veinte años, para que nos sirvan de foco e iluminar lo que nos ocurre en el presente y lo que nos puede deparar el futuro. Para sustentar esta afirmación me sirve de base la cita de Galbraith quien afirmaba que: *«El pasado no es un asunto de interés pasivo. No sólo forma parte activa y poderosa del presente, sino también del futuro. En lo que se refiere a la economía, la historia es sumamente funcional. No se puede comprender el presente ignorando el pasado»*⁽¹⁾.

Si queremos analizar nuestro devenir económico a lo largo de estas dos últimas décadas, tenemos a nuestra disposición numerosos indicadores. El que goza de un uso más general es el de la renta per capita, que recientemente se ha sustituido por el más perfeccionado de la renta familiar disponible, que mide con mayor exactitud la riqueza de los habitantes de una zona, dado que refleja tanto los ingresos y los impuestos que los gravan, como las transferencias sociales que se realizan.

Sus conclusiones son inequívocas, el declive de Euskadi es manifiesto. En los primeros setenta, éramos sin discusión la primera región española. En 1993, que es la última referencia que disponemos, somos la octava, por detrás de Baleares, Cataluña, La Rioja, Madrid, Navarra, Valencia, y Aragón.

El estudio publicado por la Fundación FIES, que es coincidente con el más conocido elaborado por el Servicio de Estudios del BBV sobre la cuestión, contempla también estos datos pasándolos por el tamiz del IPC, es decir considerando la evolución relativa de los precios. En este supuesto, la situación del País Vasco es aún peor, pues retrocedemos hasta el undécimo lugar. Nos pasan Castilla-León, Galicia, y Asturias. Quedando tan sólo unas escasas décimas por delante de Murcia y Cantabria.

Para mejorar posiciones en esta serie de rankings, tenemos que acudir en pos del indicador del PIB por habitante y, aún así, nos quedaríamos en un discreto sexto lugar.

(1) *Historia de la Economía*. J.K. Galbraith. Editorial Ariel S.A. Barcelona. 6 edición 1992. pág. 327.

Por otro lado, la Fundación BBV y el Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas han culminado en este mes de octubre pasado un estudio que calcula el stock de capital de España, repartido por Comunidades Autónomas. Los datos correspondientes al País Vasco destruyen uno de nuestros mitos más queridos: el gran empresario vasco. El aguerrido capitán de empresa ha dejado de existir, ha pasado a mejor vida, al menos en la medida en que lo necesitamos.

Como resumen de esta avalancha de cifras podríamos decir que a principios de siglo, la economía vasca suponía el 4% del PIB español. Pasó al 6,6% en 1969 y conseguimos alcanzar el 7,3%, la cota más alta, en 1973, para iniciar a continuación el descenso y colocarnos en 1989 en el 6,22%, y llegar al 6,05% en la actualidad.

Pero, hay otras muchas formas de medir la evolución. A mí, particularmente, me gusta mucho una que es quizás poco científica y aún menos ortodoxa, pero que resulta especialmente significativa.

Euskadi es, y ha sido siempre, una región cuya vocación fundamental ha sido la industria. De ella hemos vivido, y a su alrededor se ha forjado nuestra historia reciente. No les voy a hablar de la explotación de las minas, ni de la construcción de los Astilleros, ni siquiera de la instalación de nuestros Altos Hornos. Tan sólo voy a reflejarles cómo ha sido la evolución de nuestras principales industrias en el período que estoy considerando.

En 1970, entre las cien primeras industrias españolas, ordenadas por su volumen de facturación, podíamos encontrar a 22 cuyo domicilio social o su implantación principal estaba radicado en el País Vasco. En 1993 tenemos tan sólo seis que aparecen en la lista, y hay que retroceder hasta la 375 para lograr de nuevo la cifra de 22 empresas vascas.

¿Qué ha sido de ellas por el camino? Pues hemos tenido de todo. Nueve han desaparecido. Tres han sufrido serias y profundas transformaciones, siempre en detrimento de su volumen de actividad y empleo. Dos, han pasado a estar bajo el control de inversores extranjeros. Otras dos han ido a parar al paraguas protector del INI. Una, se ha convertido en cooperativa, y sólo podemos encontrar a seis que continúan su actividad en términos similares.

En la lista del 93 y, entre las seis primeras, aparecen tres empresas nuevas. Petronor, que como saben hoy pertenece al grupo Repsol. Y dos cooperativas, el grupo Mondragón, que figura como conjunto, y Eroski que lo hace de forma individual.

Es evidente que son ejemplos encomiables y dignos de alabanza, pero también lo es que no sirven para compensar tanta ruina y tanto deterioro como hemos padecido.

Si analizamos la evolución del empleo, las cosas tampoco mejoran. Me ha resultado imposible encontrar cifras homogéneas que contemplen el conjunto del periodo que hasta ahora he considerado. Si realizamos la cuenta de los últimos trece años la situación es tremenda. En 1981 estaban ocupados 663.000 ciudadanos vascos. Catorce años después, en el primer trimestre de 1995 la encuesta de la EPA arroja una cifra menor, quedándose en 660.100 personas y la de la PRA (Población en Relación con la Actividad) que es más optimista llega hasta los 708.300 (en el segundo trimestre de 1995). En cualquier caso, y dados los aumentos de población que han ocurrido entre tanto, no podemos extrañarnos de que, los parados hayan pasado de 129.000, en el 81, a 212.000 en el 95. (Lógicamente la PRA es aquí más pesimista y los eleva a 227.500) Y, consecuentemente, la tasa de paro pasa del 16,29% al 24%.

La situación se ennegrece aún más si consideramos la elevada contratación efectuada por el sector público, en donde trabajaban, en el segundo trimestre de 1995, nada menos que 112.600 personas, todas ellas referidas sólo a nuestra Comunidad Autónoma. Aquí se ha producido un descenso, ya que el máximo se alcanzó, con 125.000 personas, en el segundo trimestre del 91.

A la vista de esta situación, no puede extrañarnos la lectura de un reciente artículo publicado por el responsable de las estadísticas sociales del EUSTAT, en el que afirma que llevamos diez años obteniendo un saldo migratorio negativo, perdiendo unas 3.000 personas activas al año, de los cuales la mayoría son jóvenes con un excelente nivel de formación. Jóvenes que nos ha costado mucho esfuerzo y dinero formar y cuya marcha fuera del País Vasco constituye no sólo un despilfarro presupuestario, sino, sobretudo una irreparable pérdida en el stock de conocimiento.

Otro indicador interesante es la evolución de la inversión extranjera. Euskadi ha sido siempre un país abierto al exterior. Lo fue cuando por su puerto entraban y salían mercancías con origen y destino externo, desde Castilla hacia Flandes y viceversa. Lo fue cuando creamos el Consulado de Bilbao y la Compañía Guipuzcoana de Indias. Cuando la primera abrió su "oficina" en Brujas y la segunda en Maiquetia, en Venezuela.

Lo seguimos siendo cuando explotamos las minas y creamos la siderurgia. Y, en definitiva, lo seguimos siendo hoy en día que estamos plenamente integrados en la Unión Europea.

Por eso resulta ilustrativo analizar cómo evoluciona la presencia de la inversión extranjera, que es un buen termómetro de la confianza que despertamos fuera, y de nuestra capacidad de atraer sus capitales para financiar nuestro desarrollo. Pues bien, en los últimos diez años el volumen de la inversión ha sido un tanto discontinuo, lo cual es bastante lógico, ya que se ve muy afectado por la coyuntura mundial y por la existencia o no de algún proyecto específico de gran envergadura. Nos movemos entre un máximo de 83.026 millones de pesetas, en 1992 y un mínimo en el 86, con 13.698⁽²⁾.

Pero, medido en porcentajes sobre el total captado por el Estado, comprobamos que nunca, en ningún año hemos sido capaces de alcanzar un porcentaje similar al que supone nuestra economía. Es decir recibimos menos capital extranjero del que nos corresponde por nuestro PIB, y eso que contamos con la ventaja de partida de tener varias empresas importantes que llevan años instaladas aquí.

Y, quizás se me haya pasado alguno por alto, pero en la lista de las 150 empresas más importantes del mundo, medidas por el valor de su capitalización bursátil tan sólo he encontrado a siete que tengan establecimientos industriales localizados en nuestra Comunidad Autónoma. (Unilever, Elf Aquitaine, ABB, Ericsson, Saint Gobain, Schneider y Michelin).

(2) Fuente: Dirección General de Inversiones Extranjeras. Ministerio de Comercio y Turismo. Recogido de la revista Información de La Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao. Nº. 1.505, Enero de 1995.

¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cuáles son las causas de éste deterioro tan pronunciado? Pues, sin duda alguna, muchas y variadas. En alguna ocasión anterior he utilizado un decálogo de razones, muchas de las cuales están conexas entre sí, pues a veces son causa y/o efecto de otras.

Y son las siguientes:

- 1.- La escasa vertebración social.
- 2.- La excesiva crispación política.
- 3.- La gran complejidad Administrativa.
- 4.- La mala estructura económica.
- 5.- La total liberalización del mercado interior.
- 6.- La mundialización de los mercados.
- 7.- La mala adecuación entre costes/productos.
- 8.- El abandono de la burguesía. La falta de liderazgo.
- 9.- El alejamiento de los centros de decisión.
- 10.- El desánimo social.

1. La escasa vertebración social.

Empezando por los aspectos más políticos pondría en primer lugar a nuestra escasa vertebración social. Somos un pueblo que no ha solucionado aún las premisas básicas y fundamentales alrededor de las cuales se aglutina cualquier grupo social. Aquí no hemos terminado de definir si somos vascos y sólo vascos. Si somos vascos y un poco españoles. O si somos vascos y por lo tanto españoles y europeos.

No sabemos si nuestra estructura administrativa final será de tres territorios, Alava, Gipuzkoa y Bizkaia, o de cuatro, con Navarra, o de siete con Iparralde.

Todos los años discutimos —y a veces hacemos más que discutir— sobre las banderas. Cuestión que ha pasado a engrosar el panorama habitual de nuestras fiestas veraniegas.

Mantenemos permanentemente abierta la herida de los idiomas, sin haber logrado alcanzar una solución conjunta y satisfactoria sobre los que tenemos que conocer y en qué grado los debemos utilizar.

Y lo que es mucho más grave, aquí matamos a los “discrepantes”, en medio de un pavoroso y no resuelto problema de terrorismo, con sus secuelas de secuestros y asesinatos, que se ha cobrado ya casi un millar de víctimas, entre los que se encuentran no pocos empresarios.

Es verdad que poco a poco vamos mejorando, que la sensibilidad social ante el fenómeno ha cambiado substancialmente, pero no lo es menos el que todavía vivimos y trabajamos junto a más de 150.000 personas que apoyan la utilización de la violencia para imponer sus puntos de vista, o que al menos la justifican.

El calendario afirma que estamos a finales del siglo XX, y el mapa asegura que formamos parte de la Europa Occidental, pero no podemos apartar la vista de la evidencia de que vivimos en un País en el que expresar determinadas opiniones en alta voz, conlleva un riesgo de muerte, sin juicio previo ni posibilidad de defensa, como bien recientemente hemos podido comprobar.

2. La excesiva crispación política.

Quizás sea una consecuencia de lo anterior pero lo cierto es que la política es omnipresente en la vida vasca. Lo impregna todo y lo distorsiona todo. La política influye desde las elecciones al Parlamento, lo que es totalmente normal, hasta las del Athletic, la ABAO, o las Cámaras de Comercio.

Y lo malo es que está excesivamente crispada. La vida política se vive con un dramatismo exagerado, sin que por ello lleguemos a conclusiones acertadas. Tenemos siete proyectos políticos diferentes, o al menos siete partidos distintos con representación parlamentaria, para un país de dos millones escasos de habitantes. Cuando a los norteamericanos, que son casi doscientos millones les basta con dos y a los alemanes que son mas de ochenta con tres, y a veces con cuatro.

Todo esto es muy democrático, pero no ayuda a la cohesión social, altera el juego de las alternancias y dificulta la composición de los Gobiernos.

3. La gran complejidad administrativa.

Por si fuera poco, en tercer lugar, tenemos una complejidad administrativa increíble. Ya sé que mencionar a la L.T.H. es abrir la caja de los truenos. Pero no podemos desconocer, ni minusvalorar el hecho de tener cuatro Parlamentos y cuatro Gobiernos, para un país que se recorre en coche, de punta a punta, en poco más de una hora. Al enorme costo que supone mantener tan formidable estructura de políticos y funcionarios, hay que añadir el de la multiplicidad de las elecciones y el de las parálisis y las complejidades que producen los juegos de las coaliciones que se necesitan para gobernarlos.

Y, lo que es peor, ha profundizado en el germen de la división de un país que no destaca por su coherencia. Abando no puede vivir con Zierbana. Alava no se arregla con Bizkaia, y Euskadi no se entiende con el Estado.

Llevado al terreno de la práctica, entre todos estos organismos han creado una auténtica maraña de trabas administrativas que hay que vencer para efectuar cualquier actividad humana. Las Asociaciones de Jóvenes Empresarios han identificado nada menos que sesenta barreras que hay que superar para poner en marcha una empresa de nueva creación. Lo cual supone un elemento de disuasión importantísimo.

4. La mala estructura económica.

Todo eso por lo que atañe a la vertiente política. En la económica, no cabe duda de que, un cuarto factor que explica la decadencia vasca es la mala configuración de nuestra estructura productiva, con la que tuvimos que afrontar el inicio de la crisis del petróleo, en 1973 y encarar la rápida evolución de los cambios operados en la división internacional del trabajo. Estábamos fuertemente posicionados en sectores tradicionales como la siderurgia, el naval, y los bienes de equipo, que configuraban la columna vertebral de nuestra economía. Hoy, son todos ellos sectores que se batan en retirada en la inmensa mayoría de los países y que tan sólo resisten, en algunos lugares, a la defensiva y tras haber pasado por una “cura de adelgazamiento” realmente espectacular.

El problema reside en nuestra falta de capacidad de adaptación. Cuando la siderurgia era un sector puntero, teníamos una industria

pujante y contábamos con la presencia de líderes mundiales como la US. Steel. Cuando el testigo pasó al petróleo se creó Petronor, contando con la aportación de la Gulf Oil, una de las primeras entre las famosas “siete hermanas”.

Después ya, perdimos el tren del automóvil, en donde sólo contamos con la estimable fábrica vitoriana de Mercedes. Y hemos perdido todos los trenes siguientes, el de la electrónica de consumo, el de la informática, etc. Por aquí no han venido ni Ford, ni Opel, ni Sony, ni IBM, ni ninguna de las empresas que lideran los mercados mundiales de los productos que tienen una demanda mas fuerte. Ya he comentado que sólo siete de las 150 principales empresas mundiales tienen algún establecimiento productivo entre nosotros.

Un paseo por la Ría de Bilbao, otrora símbolo de la pujanza económica vasca, nos muestra un panorama digno de un museo de arqueología industrial. No hemos sido capaces de encontrar sustitutos para las empresas que la crisis, o la mala previsión de su evolución, nos han cerrado.

5. La liberalización total del mercado interior.

Por si fuera poco, todo esto ha ocurrido en medio del mas virulento proceso de liberalización de nuestro mercado interior ocurrido en nuestra historia. Gran parte de nuestro pasado industrial está cimentado sobre el control del mercado interior. Desde que se trasladaron las Aduanas a los Puertos exteriores, la fijación de un arancel elevado y de unos regímenes de comercio de importación muy restrictivos, permitieron el nacimiento de numerosas empresas que con poco gasto de investigación y desarrollo, con relativamente escasa imaginación, y con un nivel de inversiones pequeño, pudieron sobrevivir, dominando el mercado español, aisladas casi por completo de la competencia mundial.

Las primeras “dosis” de librecambismo las asumimos con eficacia y provecho. Si el Plan de estabilización de 1958 supuso el primer atisbo de liberalización y apertura, puso también las bases de un crecimiento industrial pujante. Como gustaban de recordar los rectores del régimen anterior llegamos a ser la décima potencia del mundo, con crecimientos del PIB espectaculares solo comparables con los que obtienen en el Sudeste asiático.

Las segundas “dosis” vinieron con el acuerdo comercial preferencial firmado con la CEE en 1970. Con él, perdimos una parte del arancel, pero pasamos de ser un país desconocido en la exportación a otro que contaba en los mercados exteriores. Como demuestra el hecho de que pocos años después empezaron a abrirnos expedientes antidumping, muchos de ellos a causa, simplemente, de nuestra agresividad comercial.

Dieciséis años después, y una vez instalada la democracia, vino la integración plena en la Europa comunitaria, y la desaparición total de nuestro arancel frente a los socios comunitarios, la rebaja enorme del mismo frente al resto del mundo y el abandono de los regímenes restrictivos de las importaciones. Así se produjo la más formidable transformación en la forma en que se desarrolla la competencia entre empresas dentro de nuestras fronteras.

Para comprender bien las aplicaciones de estos movimientos, habría que recordar que, antes del 86, el arancel medio que protegía nuestros mercados era del 19,6% frente a los competidores europeos, y superior al 25% frente al resto del mundo. Es decir, medido en términos de competencia, nuestras empresas podían ser un 20% más ineficientes que las alemanas, las francesas, las italianas, o las británicas, y un 25,15 más que las japonesas o las norteamericanas, ya que el arancel se encargaba de restablecerlas en situación de poder competir.

Hoy, y desde 1993, todo eso se ha acabado. Nuestras empresas tienen que ser capaces de navegar en el mercado interior, igual que en el exterior, luchando con todas las empresas del mundo, sin ningún tipo de protección en frontera. Por eso cobran una importancia nueva conceptos y términos poco habituales entre nosotros, como son la competitividad, la calidad, la mundialización etc.

Y nos tenemos que enfrentar a esta nueva situación desde unas empresas demasiado pequeñas, con una estructura financiera débil, con poca tradición en cuidar al cliente y a los productos que se les ofrece, con escasa vocación para formar alianzas, y con propietarios y gestores a mucho de los cuales les asusta la salida al exterior.

6. La mundialización de los mercados.

Otro factor decisivo en este entorno es la mundialización de los mercados que ha quedado definitivamente consolidado desde los últi-

mos acuerdos del GATT y su transformación en la Organización Mundial del Comercio.

Hoy, el mercado es único y mundial. Y en él, se confrontan todos los productos. Además, y en paralelo, las centrales de compra de los grandes consorcios se han unificado. Cada día va a ser mas frecuente el que tengamos que ir a Alemania para vender piezas y accesorios del automóvil en Zaragoza, o en Almusafes. O a Francia para vender a las grandes cadenas de hipermercados que han transformado radicalmente los usos y los conceptos de la distribución comercial.

Vivimos tiempos de liberalización comercial. Hasta ahora el libre-cambio era un concepto que había caminado de manera pareja al del desarrollo y el bienestar de los pueblos. En adelante no es seguro que continúe siendo así. Al menos para nosotros.

Tenemos que competir, insisto que sin protección, frente a países que son capaces de fabricar muchos de los productos que nosotros ofrecemos, con niveles de calidad similares, o al menos con niveles aceptables para el mercado. Y lo hacen a precios sensiblemente menores, pues calculan sus costes de manera muy diferente. Por eso verán Ustedes cómo se ponen de moda las doctrinas que ligan los compromisos de liberalización del comercio con otros aparentemente ajenos, como son el cumplimiento de las normas de la OIT, del medio ambiente o, incluso, de los derechos humanos.

7. La mala adecuación entre costes y productos.

La yuxtaposición de los tres factores anteriores, unidos a las dificultades que se derivan de tener que afrontar la reconversión industrial en un entorno político extremadamente complejo, nos ha llevado a la séptima causa de nuestro deterioro, que es la mala adecuación entre productos fabricados y costes ocurridos en fabricarlos.

Nuestro catálogo de productos siguen siendo muy tradicional, y está situado en niveles tecnológicos intermedios, que requieren inversiones comparativamente modestas.

Sin embargo, nuestro proceso de homologación con el entorno ha sido mucho mas rápido en lo que se refiere a los costos.

Hemos terminado por conformar lo que en alguna ocasión he denominado como la “Estampa económica Vasca”. En su ángulo superior izquierdo tenemos la situación del paro, con mas de 200.000 personas implicadas. El ángulo derecho nos muestra que trabajamos 51 horas menos, al año, que la media del Estado y 123 horas menos que Castilla-La Mancha, que es donde más lo hacen. Abajo a la izquierda, contamos con el salario medio mas alto del Estado, habiendo ya superado incluso a Madrid. Y, por último, a la derecha, que un año tras otro, perdemos más horas de trabajo que nadie, si excluimos a la minería de Asturias.

Hay otro factor importante que es consecuencia de que el proceso de liberalización que hemos relatado afecta también, y ésta vez de manera positiva, a una parte importante de nuestra estructura de costes. Hoy podemos acopiarnos en materias primas y en productos semielaborados allá donde sean mas competitivos, sin tener que pagar aranceles por ellos. Hemos evitado la “transferencia de ineficiencias entre sectores que existía en España.

Por su culpa, los situados en la cabecera de la cadena productiva trasmitían sus ineficiencias comparativas a los sectores situados aguas abajo, que no podían pensar en la alternativa de la importación ya que aquellos también se encontraban viviendo al amparo de un arancel elevado. Hoy tenemos solucionada esa parte del problema, pues todos pueden acudir a comprar donde compran sus competidores.

Pero no podemos olvidar que este proceso sólo se aplica a una parte de la estructura productiva de las empresas. Hay conceptos importantes que siguen ajenos a él, y penalizan de manera significativa a la competitividad de muchos proyectos industriales, como vino a demostrar el famoso caso de la implantación en Bayona de Marcial Ucín. Básicamente son tres los elementos de costos a los que me refiero. La energía, los gastos financieros y los laborales.

8. El abandono de la burguesía. La pérdida de liderazgo.

Una situación como la descrita, en la que los negocios han dado muy pocas alegrías, y en la que algunos han sentido de cerca el aliento del riesgo físico para sus personas y sus familiares, nos ha traído también el abandono de las funciones de liderazgo que tradicionalmente

habían asumido las burguesías bilbaína y donostiarra. Globalmente considerados y salvando las excepciones personales que sean necesarias, lo cierto es que los herederos de los grandes capitanes de empresa no han estado a la altura de sus mayores. Y la sociedad vasca no ha tenido el necesario proceso de regeneración y oxigenación social.

Para justificar lo anterior basta con dar un repaso a los Consejos de Administración de nuestras grandes sociedades, analizar en el Registro Mercantil la estructura financiera y el objeto social de las empresas que se crean, y añadir luego la interminable lista de empresarios y de profesionales vascos establecidos y radicados fuera de nuestro territorio.

Hasta ahora, ese liderazgo que ha perdido la sociedad civil, lo ha asumido la clase política. No querría yo hacer comparaciones odiosas, pero es evidente que con el cambio hemos perdido grandes dosis de pujanza y tono vital.

9. El alejamiento de los centros de decisión.

Supongo que será una consecuencia de todo lo anterior, pero es también evidente que se nos han alejado los centros de decisión. En los primeros años de los setenta, vuelvo a mis inicios profesionales, Bilbao era un centro de decisión importantísimo en el ámbito español.

Aquí venían los Ministros de Economía a presentar sus planes y proyectos, normalmente con ocasión de la inauguración de alguno de los certámenes que se celebraban en la Feria de Muestras. Y nuestros intereses industriales pesaban en Madrid, a la hora de tomar decisiones. Hoy contamos poco. Hemos perdido peso específico y se nos mira con recelo. A ello ha contribuido el que nuestra presencia en los medios de comunicación esté permanentemente distorsionada por la apabullante cantidad de noticias negativas, relacionadas con nuestro enquistado problema de terrorismo.

Hablando de centros de decisión, hay muchos que opinan que fue una lástima el que no triunfase la OPA del Banco de Bilbao sobre Banesto, y que se abortase la posibilidad de unir al Vizcaya con otro gran banco español. Yo creo que para el País Vasco, y para el tema que nos ocupa hubiese sido la puntilla. La formación del BBV y la manera en que se han unido las dos mayores eléctricas privadas, Iberduero e

Hidroeléctrica, para formar Iberdrola, nos ha proporcionado un respiro enorme, al haber frenado este proceso de deslocalización y pérdida relativa de importancia.

Hoy, prácticamente, sólo nos quedan dos grandes grupos industriales cuyos centros de decisión estén localizados aquí. El grupo de las cooperativas de Mondragón, y la Corporación IBV. Ambos son de dimensiones estimables, y están posicionados en sectores de futuro, pero no son más que dos.

10. El desánimo social.

He dejado para el final la causa más difícil de medir, pero también la que considero más importante, que es el desánimo social. En mi opinión el País Vasco está pasando por un agudo proceso de asturianización. Es decir, entre nosotros, cada día es más importante el peso de la Administración y el de las empresas que dependen de ella. Ya sea la central o la autónoma. Y a ella lo fiamos todo.

Las iniciativas privadas siguen siendo pujantes, pero se canalizan hacia otras actividades no relacionadas con la creación de empresas y riqueza. La actividad de emprender está minusvalorada socialmente hablando.

En las encuestas que realizaba al respecto el Círculo de Empresarios Vascos, aparecía claramente que la profesión de empresario se encontraba muy detrás de otras, como los médicos, los técnicos medios y los directivos, y escasamente por encima de los comerciantes, que también son empresarios.

La última encuesta tiene ya algunos años, y es posible que la situación haya cambiado a mejor. Pero creo que sigue siendo cierto el que nuestros jóvenes están mejor formados que nunca, pero no quieren ser empresarios. Incluso los que estudian carreras relacionadas con la economía, prefieren ser empleados de la Diputación, del Gobierno o, ¡colmo de la felicidad!, de las Cajas de Ahorro.

También estoy convencido de que esta actitud no es culpa suya en exclusiva. En un reciente informe de coyuntura, Antxón Pérez, que es una de las mentes más claras que tenemos, pintaba un panorama cruel

y desolador, que puede explicar muchas actitudes. No me resisto a reproducir alguna de sus palabras.

Decía que *«Los mayores hemos creado una sociedad corporativista e insolidaria, pasiva, madura y pedig, eña. Nuestros comienzos fueron muy duros, pero vivimos siempre con la convicción de que íbamos a más. Ellos nacen y viven en la seguridad de que sólo pueden ir a menos. Nunca vivirán como sus padres y probablemente muchos de ellos no vivirán sino de sus padres»*.

Más adelante se fijaba en la composición de los Presupuestos Generales del Estado y afirmaba: *«El reparto del Presupuesto explica mejor que ninguna declaración programática cual es el verdadero orden de prioridades de una sociedad. Pues bien, los viejos se llevan la parte del león: 7 billones de pensiones, mas de la mitad de la sanidad, que son 3,5 billones y una buena parte de la asistencia social, que son otros 3 billones. La partida más importante dedicada a los jóvenes, la Educación, representa poco mas de un billón. Los viejos vienen a recibir alrededor de diez veces lo que consiguen los jóvenes»*.

Podríamos seguir por esta línea durante mucho más tiempo. Incluso podríamos celebrar varias conferencias y organizar cursos enteros sobre ello. Pero creo que ya es suficiente, pues he dedicado un rato demasiado largo a analizar el pasado y las causas que, a mi entender lo explican. Ha llegado el momento, pues, de hablar un poco sobre el futuro.

CONCLUSIONES

No estoy seguro de haberles convencido de mi forma de ver las cosas, pero al menos sí espero haberles convencido de que las veo mal, de que tengo la desagradable impresión de que llevamos muchos años deslizándonos por la senda de la crisis, en un proceso que parece no tener fin.

Sin embargo, en la caligrafía china la palabra crisis se escribe con un símbolo que une el de peligro y el de oportunidad. Y en nuestra crisis particular, estamos rodeados de peligros, pero tenemos también no pocas oportunidades. El futuro, por lo tanto estará en función de cómo seamos capaces de vencer los peligros actuales y de aprovechar las oportunidades futuras.

¿Qué es lo que podemos hacer para invertir la tendencia, y volver a ser un foco de creación de riqueza y empleo como fuimos en décadas anteriores? Pues solucionar las causas endógenas de nuestro deterioro, —las que están en nuestras manos— y prepararnos para vencer las exógenas.

Siguiendo el mismo hilo argumental de esta conferencia, y para asegurar nuestro futuro, podríamos empezar por:

a) Abordar un proceso de desdramatización de la propia vida política. Convencernos todos de que no es tan importante, y que hay cosas que merecen más nuestra atención y nuestro esfuerzo. Como el dar trabajo a los que no lo tienen, el educar bien a los hijos, el tener un buen servicio sanitario, lograr niveles altos en la calidad de vida, ser escrupulosos en el mantenimiento de la libertad y en el respeto a los demás, etc.

b) En segundo lugar, y en consecuencia, deberíamos normalizar la vida pública vasca. Buscar elementos de cohesión social, y solucionar, de una vez por todas, nuestras indefiniciones básicas. Tenemos que lograr un pacto para completar y complementar el Estatuto. Y, si ésto no fuera posible, habría al menos que concertar una especie de tregua política y dedicar el plazo pactado para recomponer nuestra maltrecho economía.

c) Hay que simplificar y adelgazar seriamente el entramado administrativo. Ya he dicho que mentar a L.T.H. es abrir la caja de los truenos. Pero, qué quieren que les diga, estoy convencido de que el País Vasco no necesita tanta administración, ni desea estar representada en tantos estamentos políticos, ni usa los servicios de tantos funcionarios. Hay que elevar a categoría universal el principio de “una responsabilidad, un responsable”. Hay que eliminar las duplicidades, solucionar los conflictos competenciales, reducir y simplificar trámites, y abaratarlos. Con especial énfasis en los que se relacionan con la creación y el desarrollo de la vida mercantil. Nos tenemos que poner de acuerdo con Madrid y, lo que quizás resulte más difícil, entre nosotros mismos.

d) Después tenemos que entrar en el terreno de la economía. Aquí, no podemos esperar a que aparezca una receta mágica que no existe. El único antídoto contra nuestra enfermedad consiste, simplemente, en volver a los orígenes. Recuperar el espíritu empresarial que un día enriqueció a éste país.

Devolverle a la sociedad el amor al riesgo, el respeto ante el fracaso y el reconocimiento del éxito.

e) Para regenerar el tejido industrial hay que confiar en las fuerzas endógenas y potenciarlas, prestándoles apoyo fiscal, y cobertura social. En este orden de cosas no quiero perder la oportunidad de felicitar a la Diputación de Bizkaia por el extraordinario coraje y la gran imaginación mostrados en su propuesta de modificación del Impuesto sobre Sociedades que recientemente ha presentado. Y no descuidar los apoyos externos. Debemos de conseguir volver a ser atractivos para el capital exterior con el fin de seguir siendo protagonistas y no servidores del desarrollo económico mundial.

f) Para ello, los empresarios tienen que acomodar su mentalidad a los nuevos tiempos. Convencerse de que Europa es nuestro mercado interior y planificar en consonancia sus inversiones, sus costos, sus precios y su acción comercial. La innovación constante y la mejora de la competitividad se presentan como las dos premisas ineludibles

g) Para cumplir tan necesarios “deberes” necesitamos un liderazgo social clarividente, ilusionante e incontestable.

Este es un punto clave, puesto que soy más optimista en la calidad de la respuesta que en la posibilidad de la iniciativa. Si alguien consiguiera suscitar ese liderazgo, la sociedad vasca le seguiría inmediatamente. La he criticado con fuerza, pero con la misma energía afirmo que tenemos todo lo que hay que tener, y con mejor calidad que otros muchos, para salir adelante.

En definitiva, para asegurar nuestro futuro, y no solo el económico, tendríamos que abandonar esa concepción socializante que está convencida de que siempre habrá alguien en algún lugar que creará la riqueza que vamos “a repartir” cuando no “la repartirnos”. Y acercarnos al pensamiento de Margaret Thatcher, —y que nadie saque conclusiones colaterales—, para quien el gran lema social debería ser algo así como “trabajar duro, educar a los hijos, y pagar las facturas”.

Mientras llega, no tenemos más remedio que seguir el consejo de San Pablo, de vivir *In spe contra spem*, es decir con esperanza, aún cuando no quede esperanza. Y, por último, adoptar el lema de los guerreros

zulúes que dice «*Si avanzas mueres, si retrocedes mueres, entonces, ¿por qué retroceder?*».

Sinceramente yo aspiro a una Euskadi, a un País Vasco, que deje de retroceder, y que empiece a avanzar hacia un futuro mejor. Que Uds. lo vean. Nada mas, y muchas gracias por su atención y su benevolencia.

PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

Pronunciadas por

ROBERTO VELASCO BARRUETABEÑA

Buenas tardes. Aunque con el corazón un poco encogido, cumplo con particular satisfacción el honroso encargo de recibir en la Comisión de Bizkaia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País al nuevo miembro de número D. Ignacio Marco-Gardoqui e Ibañez.

Ya se ha explicado suficientemente, por parte de Rafael Ossa y del propio Ignacio, mi presencia aquí; es por pura amistad, aparte de compartir el oficio de economista y haber compartido durante muchos años numerosas fatigas. Por lo tanto, paso a ceñirme a la liturgia propia de las ceremonias de ingreso como amigo de número de la Bascongada, es decir, según mandan los cánones, a esbozar un retrato biográfico, breve, del nuevo miembro, y después a glosar su conferencia.

Ignacio Marco-Gardoqui es bilbaíno y Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Comercial de Deusto. Como saben, nacer en Bilbao y estudiar en la Comercial son todos los requisitos que hacen falta para triunfar en la vida; esto lo dicen hasta los de Sarriko, como yo. O al menos era así cuando terminó Ignacio sus estudios; hoy las cosas están algo más complicadas para sus hijos, que también andan por allí. Pero, realmente, si a esto le unimos el espíritu laborioso y la inteligencia que Ignacio tiene (que de eso sí puedo dar absolutamente fe), pues, se puede comprobar que todo su historial profesional (ya un cuarto de siglo, Inas, esto empieza a ser preocupante) es una lista interminable de éxitos.

Para abreviar, y también para hacérselo más soportable al propio Ignacio, me limitaré a citar los puestos desempeñados en las tres etapas y un paréntesis que yo he descubierto en su carrera.

La primera etapa es la que podemos llamar de las Cámaras de Comercio; dura 10 años, del 71 al 81. Empezó siendo representante en Bruselas, dentro del Consejo Superior de Cámaras de Comercio que representa, como saben, a todas las Cámaras de Comercio españolas, y de allí vino a Bilbao para dirigir la Agrupación de Exportadores de Bizkaia, "AGEX", y después ocupó el cargo (dentro de la propia Cámara de Comercio de Bilbao) de director de Departamento del Comercio Exterior.

La segunda etapa dura otros diez años, y es la que dedica a trabajar en el Gobierno Vasco, primero como secretario general de la SPRI, durante aproximadamente cuatro años, y luego otra Legislatura como director general del Ente Vasco de la Energía. Y después de estas dos etapas, diez años de trabajo en una Corporación parapública y cerca de diez en el Gobierno Vasco, termina el compromiso de Ignacio con la gestión de los asuntos públicos y empieza la actividad en la empresa privada en el año 1991, en la que todavía permanece y, supongo, (como he dicho antes, es una persona inteligente) seguirá en el futuro.

Actualmente, y desde esa fecha, es presidente en España del Grupo francés SCHNEIDER ELECTRIC, es consejero de Asesores Bursátiles Norte, de la Corporación IBV, y de TUBACEX. Y un paréntesis en esta trayectoria fue el año, o algo más de un año, que fue director del Círculo de Empresarios Vascos. Y lo digo con cariño porque, aunque fue una etapa pequeña, me consta que fue para él muy agradable.

Estas son las actividades troncales apreciables en el curriculum de Ignacio, aunque ha desarrollado también desde hace muchos años otras actividades complementarias. La más importante de todas ellas es que desde hace once años es profesor de la Universidad Comercial de Deusto y del INSIDE. A lo largo de todos estos años ha sido también coautor de cinco libros; tres, relacionados con temas de la Comunidad Económica Europea, vinculados con Bizkaia, con el País Vasco —uno de ellos recibió un premio, el premio Marvá—, dos libros relacionados con la exportación, que también, como he dicho antes, ha sido una dedica-

ción muy importante de su trayectoria. Y últimamente lleva cuatro años de comentarista económico del Grupo El Correo, desde donde imparte casi todos los días doctrina, y algunas zanahorias y muchos palos —que es como tiene que ser—. Y desde hace cinco años, además, es cónsul de Suecia en Bilbao, cosa que algunos de vds. desconocerán; que yo no me lo explico, pero debe ser alguna reminiscencia de alguna vocación juvenil, no atendida, por la carrera diplomática. Pero, para no dejar en una fría relación de cargos su historial profesional, quiero destacar dos aspectos: un aspecto de su carácter, un rasgo de su personalidad.

Yo la verdad es que le conozco y soy amigo suyo hace más de 25 años, y siempre me ha sorprendido por ser un hombre que tiene las ideas absolutamente claras. Tiene un sentido de lo práctico absolutamente desarrollado, y también un sentido muy desarrollado del sentido común —valga la redundancia—, lo cual, sobre todo tener las ideas claras, le convierte en un economista completamente atípico.

Y, finalmente, destacar otra circunstancia que se corresponde también con toda su trayectoria: es que siempre ha estado en estos 25 años en excelentes observatorios de la realidad económica vasca, tanto públicos como privados, lo cual le ha hecho un profundo conocedor de la misma, como ha demostrado esta tarde.

Respecto al trabajo presentado por el nuevo amigo de número, *“Una visión de la economía vasca”*, me parece, en primer lugar, que responde fielmente al espíritu que la Bascongada mantiene desde hace más de dos siglos: amor al país, preocupación por su marcha vacilante en algunas etapas, advertencia sobre lo conveniente de la buena gestión de los asuntos públicos y privados, recomendaciones sobre el camino a seguir. Quizás, la única concesión que me hago a mi mismo en mi calidad de profesor es que —y como se suele hacer en los actos académicos siempre hay que decir algo que no está bien— lo que menos me ha gustado es el título. Yo creo que, como acaba de apuntar el propio presidente de la Comisión de Bizkaia, es más una visión de la sociedad vasca hecha por un economista, que no una visión de la economía vasca. Es una visión de la sociedad vasca hecha por un economista que conoce no sólo la economía sino también la sociedad vasca perfectamente. Pero, por supuesto, no voy a pretender, como ha insinuado el presidente, hacer una crítica o un examen profundo, después de una hora, en tres

minutos, porque todavía me queda algún sentido del ridículo, y desde luego estoy tan de acuerdo con todo lo que ha dicho que me voy a limitar, eso sí, a hacer una reflexión sobre lo que él ha llamado el calificativo de “pesimista”, que él mismo ha supuesto que íbamos a hacer los demás, y que seguramente habrán hecho muchos de los aquí presentes.

Y efectivamente. ¿Y por qué he empezado diciendo que tengo un poco encogido el corazón? Bueno, pues porque las cosas han cambiado en los últimos años. Hace bastantes años reconocidos economistas contribuyeron a mitificar la economía española y también a mitificar la industria vasca; estoy refiriéndome a los años 60 y primera mitad de los 70. Después, la cruda realidad demostró que no era oro todo lo que relucía, y en unos años han empezado a aparecer en Euskadi algunas visiones, digamos más terrenales, de la economía vasca. Sólo en estos últimos años se ha recordado que este es un país pobre de solemnidad en recursos, y que su único activo inmovilizable es el talante laborioso de sus moradores, de sus naturales, que, incluso, algunos empiezan a pensar que está también en decadencia.

Pero no ha sido fácil desmitificar la economía y la industria vasca. Ha hecho falta superar la barrera de los 200.000 parados para que se rememore en público que este ha sido, históricamente, un país de emigrantes, y desde luego un país muy dependiente de los pueblos vecinos. En todo caso, da la sensación de que un grupo de economistas vascos, entre los que Ignacio Marco-Gardoqui se encuentra, se está adelantando a la sociedad en la denuncia de los peligros que entraña el porvenir; mientras, yo creo, que otras entes y grupos sociales parecen ignorar no sólo los peligros del futuro sino también los males del presente, y parecen ensimismados en discusiones nada relevantes. Baste con recordar que fueron unos pocos economistas vascos quiénes lanzaron hace ya 15 años la tesis del declive económico de Euskadi, adelantándose al reconocimiento general y, por supuesto, al reconocimiento oficial, que tardó muchísimos años en producirse. En esta misma sala, cuando se inauguró este edificio social de la Cámara de Comercio, a lo largo de un simposium internacional, hace ya 15 años que, como he dicho, se recordó y se adelantó la crisis del declive, que después ha sido reconocida por la propia Comisión Europea.

Recuerdo también, perfectamente, el fondo común de tintes pesimistas que caracterizaron a las jornadas que, ahora justamente hace una

década, organizó la Bascongada con el horizonte de la Bizkaia del siglo XXI: la pérdida de la centralidad metropolitana de Bilbao —se recordó en aquella época—, el desplazamiento —como ha señalado el propio Ignacio— a otros lugares de centros de poder y de decisión, etc. Y a partir de mañana tendremos ocasión de ver qué hemos conseguido hacer en diez años en las nuevas Jornadas sobre *“La Economía Vasca hoy: Euskadi ante el futuro”*, que ha organizado también esta Comisión de Bizkaia. Pero lo que me parece a mi curioso es que en este país, tan remiso a que le den malas noticias, y tan renuente a enterarse de lo que no le conviene, sean los llamados pesimistas quienes tienen que dar las explicaciones, las explicaciones por su pesimismo. El optimista, naturalmente, navega a favor de corriente, porque el ciudadano no quiere oír que las cosas son complicadas, y menos, desde luego, no quiere oír que no sólo requieren el esfuerzo de todos sino también del suyo personal.

Ahora bien, ¿cómo son los economistas vastos pesimistas? Pues, son gente que están convencidos de que es la falta de respuesta suficiente de la sociedad ante las sucesivas crisis económicas las que provocan el declive. Las crisis las hay en todas partes, todas las sociedades las padecen cuando llegan, porque los economistas, entre otras cosas, no sabemos porqué se producen. El problema es la respuesta que la sociedad da ante las crisis. Y si no hay una respuesta social, suficiente y a tiempo, es cuando se produce el declive y la decadencia. Esto lo saben los economistas vascos pesimistas. También saben que no se atan los perros con longaniza, y que son conscientes de que las limitaciones del país son importantes, como se han puesto hoy aquí de manifiesto.

Los economistas vascos pesimistas también suelen tener una memoria larga; porque el optimista en parte lo es porque es un desmemoriado. Y, además, por experiencia propia saben los economistas vascos que las cosas son difíciles siempre, y en Economía muchísimo más. El optimista piensa que siempre hay tiempo para reaccionar, pero, en Economía, quien piensa que no queda tiempo acierta casi siempre. Por eso el pesimista suele insistir en la gravedad de los problemas, en la necesidad de poner manos a la obra. El pesimista, por tanto, lucha contra el dejarse llevar, por eso le molesta la gente, pero es absolutamente enemigo de la pasividad y, por supuesto, de la resignación fatalista.

Yo creo que hay que hacer, por lo tanto, justicia a los pesimistas, y especialmente a los economistas vascos que lo son. Cierto es que van

siempre con el jarro de agua fría auestas, y que además tienen una disposición a lanzárselo al público en la primera oportunidad —como hoy se ha demostrado—. Pero a mi me parece que es peor vivir en una sociedad adormecida por los halagos, y, desde luego, peor vivir en una sociedad que se está permanentemente mirando al ombligo. Y la nuestra puede estar en ambas cuestiones.

Otro excelente economista vasco, pesimista también, consideraba hace diez años —voy a terminar enseguida— que volver pesimista a este país es la única esperanza de movilizarlo, de hacerle reaccionar. Es sabido —añadía— que sólo funcionamos bien con ocasión de grandes inundaciones y otras catástrofes naturales. Y el irónico artículo del que he extraído esta frase terminaba reconociendo en el optimismo una posible y sola justificación —que leo—: *«Si las cosas tienen solución, ¿para qué preocuparse?, y si no la tienen, lo mismo. Así han pensado los chinos desde siempre, y así piensan los vascos desde hace una década. No deja de tener su lógica, y los pesimistas sí respetamos la lógica»*. Hoy, seguramente, diez años después de esta frase, el economista aludido probablemente diría que los chinos ya han cambiado de actitud, y que nosotros..., no se lo que diría de nosotros.

En definitiva, los economistas pesimistas pueden equivocarse, por supuesto, pero tampoco están exentos de error los que tienden a ver el cielo siempre despejado. Además, en realidad, como el propio Ignacio ha dicho, tampoco hay que preocuparse demasiado. A los profetas de las Ciencias Sociales —y la Economía es una de ellas— no se les concede excesivo crédito popular. Hace unas semanas una prestigiosa revista norteamericana de negocios advertía, con sentido del humor, a sus lectores: ¡cuidado!, ¡peligro!, los economistas están optimistas.

Bien, termino ya. Querido Inas, en nombre de la Comisión de Bizkaia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País te recibo gozoso en la misma —has tardado demasiado tiempo, la verdad, en ingresar—, con la seguridad de que pondrás tu inteligencia y laboriosidad, ya demostradas, a seguir trabajando por el progreso de este viejo y entrañable país de todos.

Muchas gracias.